

más bien la teología— tiene en cuenta las diversas actitudes de los jóvenes a la hora de hablarles acerca de Dios. La cuestión que hoy se pone en duda no es tanto si el lenguaje pastoral debe adaptarse a esas situaciones, sino si las realidades mismas de la revelación cristiana deben ser «adaptadas» (¿deformadas o recortadas?) para hacerlas aceptables a las disposiciones de los sujetos. Este libro parece sugerir implícitamente este último procedimiento, que no es precisamente evangélico.

J. M. Odero

Robert TESSIER-José A. PRADES, *Le Sacré*, Les Ed. du Cerf, Paris 1991, 126 pp., 10,5 x 18,5.

Este pequeño volumen se trata de dilucidar la naturaleza de aquel factor que es origen de lo distintivo de aquellos hombres que viven religiosamente. Se postula desde las primeras líneas que ello consiste en lo sagrado, cuya naturaleza habrá de esclarecerse. Ahora bien, por lo reducido del espacio disponible —según el formato de la Colección en la que se integra el libro— este esclarecimiento no pretende ser un estudio exhaustivo, sino tan sólo una guía, una introducción al problema.

Tras una primera parte informativa, se afrontan cuestiones críticas al respecto: ¿es lo sacro una ilusión funcional, una realidad inexplicable? Especial interés tiene la comparación entre lo sacro y lo santo, en polémica con Dumas.

En conclusión, se afirma que la sacralidad es una dimensión universal: la trascendencia que se hace presente en la existencia humana. De esta forma la imagen de Dios es una instancia crítica dentro de cada conciencia frente a la naturaleza y a la sociedad.

Cada cierto número de páginas, los Autores han ido colocando unos encuadrados con textos de algunos libros importantes acerca del tema tratado.

J. M. Odero

Paul BRAND, *Peut-on être réaliste et croire en Dieu?*, ed. Labor et Fides, Genève 1990, 340 pp., 15 x 22,5.

El cristiano debe esforzarse continuamente por ser a la vez hombre entre los hombres y por vivir de la fe. Ahora bien dicho esfuerzo supone siempre superar una cierta tensión entre el sentido peyorativo del término «mundaneidad» y la luz de la fe; en concreto, el creyente —como Job— es un hombre llamado reiteradamente a superar muchas interpretaciones inmediatas compartidas por la sociedad en la cual vive, a rechazarlas como superficiales, insuficientes y falsas. Al adoptar esta actitud, ¿deja de ser realista?

Tal es el problema de fondo planteado en esta obra, tesis doctoral presentada en 1989 ante la Facultad de Teología protestante de la Universidad de Lausanne. El Autor comienza preguntándose en qué consiste «ser realista», para concluir que el creyente se sabe participe de un mundo de experiencia común con el no creyente en cuanto acepta la realidad de que el mundo y el hombre han sido creados por Dios. El «realismo» sería una secularización de la idea de Creación; por eso «la Realidad» corre el peligro de convertirse para el no creyente en un mito.

Los medios para no banalizar la experiencia humana dentro de un realismo mítico son —según el Autor— principalmente tres: el nombre, que plantea la cuestión de lo que las cosas signifi-